



**REY  
DESNUDO**  
REVISTA DE LIBROS

Dossier: Serie Años Cruciales

**Presentación. Fabio Wasserman autor de 1810**

***Fabio Wasserman***

*Instituto Dr. Emilio Ravignani - Facultad de Filosofía y Letras -  
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

*fwasserm@gmail.com*

*Fecha de recepción: 08/05/2025  
Fecha de aprobación: 15/05/2025*

**A**nte todo, le quiero agradecer a Ernesto Bohoslavsky y, a través de él, a la editorial de la Universidad Nacional General Sarmiento por haber hecho esta apuesta y por haberme invitado a participar. Escribir este libro fue una experiencia muy grata, aunque cuando acepté no sabía que iba a ser tan trabajosa. No recuerdo si dije que sí rápidamente, estoy casi seguro de que sí. En mi casa me suelen cargar diciendo que tengo el sí fácil para este tipo de propuestas, por lo que probablemente así haya sido. Antes de mencionar algunas cosas sobre el libro, quiero destacar el rol de la editorial, máxime si se tienen en cuenta las condiciones que están atravesando las universidades nacionales durante este año. Frente a las adversidades y restricciones presupuestarias, que la colección esté siendo publicada en formato físico resulta algo muy meritorio. Creo que también habla de la apuesta que está realizando la editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Recuerdo que para diciembre de 2023 hablábamos con Lucas Rebagliati y no sabíamos si los libros iban a ser impresos o no. Le dije: “mirá, con suerte van a salir en formato digital”. Por suerte, no suelo ser bueno para

los pronósticos. Ahora están acá estos libros y pronto van a estar los restantes. Me parece que es importante destacarlo porque, además, son muy buenos como objeto, son ediciones cuidadas y se nota que es algo que no fue tomado a la ligera. Realmente son libros que están muy bien pensados, tanto en el diseño como en su concreción. Antes que nada, quería señalar este aspecto y nuevamente agradecer el poder formar parte de esta... no diría empresa porque suena feo “esta empresa”. De “este emprendimiento” tampoco, suena peor. Diría “de esta obra colectiva”. Digámoslo así: quiero agradecer el formar parte de esta obra colectiva.

Con relación al contenido del libro, tal como ya se dijo, 1810 es un año obvio, distinto de 1776, que es un año poco conocido, a lo sumo por la creación del Virreinato del Río de la Plata. También es diferente a 1831, que, tal como señala Mañe Barral, es menos conocido aún. 1810 es uno de esos años obvios como 1880 o 1983; años que son reconocidos como hitos. Eso me facilitó y me complicó en partes iguales el proceso de escritura. Una de las primeras cosas que me sucedió, fue pensar si tenía algo distinto para decir de lo que ya había hecho la historiografía... Y no solo lo que la historiografía plantea, ya que este es un libro pensado para lectores no especializados y que también puede ser utilizado en las universidades. Sucede que lo que yo iba a contar es bastante conocido y, en todo caso, se pueden discutir las interpretaciones, pero, por ejemplo, la Semana de Mayo y otros acontecimientos de ese año ya son célebres. Lo que tenía que resolver era el problema de cómo presentar hechos que son notorios dentro de marcos interpretativos más novedosos. Tal era el punto decisivo, porque si existe un período sobre el cual la producción historiográfica en los últimos cincuenta años ha introducido cambios significativos, ese es el periodo revolucionario.

Entonces, el mayor reto era tener que repasar la Semana de Mayo, el fusilamiento de Liniers, el decreto de supresión de honores, etcétera, en marcos interpretativos que no siempre se corresponden con el sentido común. Para ello, tomé la decisión de presentar una narración que trató de seguir con fidelidad, no diría cotidianamente, pero sí de forma pormenorizada los acontecimientos, y hacerlo, a la vez (y ese era el desafío mayor), dentro de un esquema analítico que remite a tres fenómenos o tres procesos específicos que fueron la crisis, la revolución y la guerra. Esa fue la forma de mantener la tensión entre una narración de los acontecimientos y un marco interpretativo capaz de dotar de sentido a tales sucesos, porque, obviamente, tampoco

quería recaer en una historiografía positivista, como si los hechos fueran portadores en sí mismos de su interpretación y por eso alcanzaría con presentar a los acontecimientos en orden cronológico. No quería caer ni en eso, ni tampoco —porque iría en contra del espíritu de la colección— convertir a 1810 en el soporte de procesos que trascienden a los hechos y a los actores, sino mantener la tensión entre esas dos dimensiones. Por ejemplo, se podría plantear que 1810 fue parte del ciclo de las revoluciones atlánticas, o cosas por el estilo, por lo que todo lo que está narrado ahí se reduciría a ser una obra con actores que están representando un papel que los trasciende. En este caso, me pareció importante sostener esta tensión entre la agencia y los procesos estructurales. No sé si lo he logrado, espero que así sea, ya lo verán los lectores y las lectoras. Esta fue una primera cuestión importante que quería plantear, procurar mantener la tensión entre la narración de los sucesos y la interpretación de los procesos cimentada en tres grandes claves analíticas.

La segunda cuestión para considerar fue la escritura. Intenté que fuera una narración no sé si necesariamente “amena” pero que, en todo caso, evitara la jerga especializada sin que por ello perdiera densidad y capacidad explicativa. Esto es algo que me pareció importante, pues creo que muchas veces —tal como lo expresó previamente Lucas Rebagliati— tal es uno de los desafíos más importantes que se nos presenta a quienes practicamos escrituras académicas. Con el fin de llevar nuestro conocimiento a lectores que no son especializados, es común que se planteen estrategias narrativas que en mi caso prefiero evitar. Me refiero, específicamente, a dos modalidades de escritura que, aun de distinto modo, no consideran a los lectores, ni confían en su inteligencia, menospreciándolos, en cierto sentido. Cuando escribo, trato de confiar en que el que lo lee cuenta con capacidad de leer e interpretar. Puede ser que pierda algún elemento, pero esto es algo que nos sucede a todos y esto justamente no debería representar un problema, sino un incentivo al aprendizaje. Las dos modalidades serían, por un lado, escribir de un modo abstruso, considerando que quien lea no lo va a comprender y justificándose en que uno escribe así y que solamente lo captará quien pueda entenderlo; por otro, escribir una “papilla”, una escritura deglutida, despreciando la capacidad y la inteligencia del potencial lector y desconfiando de sus herramientas de comprensión. Considero fundamental evitar estos estilos de escritura. Esta es una cuestión que trato de tener en cuenta cada vez que escribo textos que están pensados para públicos no especializa-

dos. Aunque no siempre se logre, esta es una intención inicial que guía el proceso de escritura en mis trabajos no académicos.

Continuando con lo expresado ya por Lucas, surge otra cuestión digna de destacar. No cité a nadie en el cuerpo del texto y tampoco incluí notas al pie. Solo agregué, al final del libro, un pequeño listado bibliográfico. Mencionar todas las obras historiográficas sobre la Revolución de Mayo era una tarea imposible; cualquier intento por citar estaba condenado al fracaso, razón por la que decidí no citar a nadie. Incluso, siendo un poco más osado, fui más allá y resolví no incluir las referencias de las fuentes citadas. En varios pasajes uso citas textuales, cuando me parece que son significativas, ilustrativas o dan un tono de la época. Por ejemplo, en abril de 1810, Tomás Manuel Anchorena, que era miembro del Cabildo, hizo una declaración advirtiéndome que se venía el fin del mundo. Pero, como lo expresó de un modo muy atrayente, me pareció que era interesante para los lectores poder recuperar algo de ese matiz. Así pues, puse la cita, pero no indiqué la referencia. Al final del texto, donde se encuentran la bibliografía y las fuentes, explico con detalle dónde encontré las referencias. También asumí que hoy en día, si uno desea saber dónde está una fuente original que leyó en un texto, copia el párrafo en el buscador Google y recupera dichas referencias. De un modo u otro, espero que los lectores confíen en que no los estoy engañando con aquello que estoy citando. Existe un pacto implícito y recíproco en el que uno debe confiar en los lectores y los lectores tienen que confiar en uno. De no haberlo hecho así, el libro corría el riesgo de convertirse en un texto plagado de referencias que interrumpirían su lectura y la convertirían en algo poco atractivo.

La tercera cuestión es la organización interna de la obra. Para ello, me es necesario retornar al primer punto —solicitando perdón por la recursividad y el desorden— ya que las tres claves analíticas también fueron los ejes que organizaron los tres capítulos y dotaron al libro de un subtítulo: Crisis, Revolución y Guerra. Quienes son conocedores de la literatura referente al período, podrían argumentar que esto es una fusión o una mezcla de ciertos conceptos ya presentados por Tulio Halperin Donghi con otros elementos de la historiografía más reciente que sitúan a la crisis a partir de 1808 en el centro de la clave interpretativa. Mi intención es que esto fuese retomado y que sea evidente que me estoy refiriendo a su libro *Revolución y guerra*. Aunque no es obligatorio que el lector lo conozca, la remisión al trabajo más renombrado de Halperin Donghi es notoria.

Pero no se trataba tan sólo de un homenaje velado o apenas velado, sino que consideré que podían funcionar bien como clave explicativa, ya que en cada uno de los tres capítulos podía hacer énfasis en alguna de estas tres dimensiones que no sólo son clave para entender el año 1810 sino también el proceso revolucionario en general. Son tres llaves analíticas de la revolución que, desde luego, se solapan en la dinámica del proceso pero que, en cierto sentido, también son sucesivas.

Partiendo de ese esquema analítico, procuré darle forma a la narración de los acontecimientos, tratando de seguir a los actores a partir de sus expectativas, de sus temores y de sus anhelos. Estos actores no conocían el “final de la película” que nosotros sí sabemos. Intenté que este aspecto siempre estuviera presente, determinando qué es lo que ellos podían ver y qué es lo que no podían ver. El primer capítulo contiene, asimismo, otra cosa más que creí importante para los lectores: una síntesis de las principales características que tenía el orden colonial y un bosquejo de las transformaciones producidas años antes de la revolución. En ese sentido, lo más recomendable sería que primero se leyese el libro de Lucas Rebagliati y luego el mío. Aun así, considerando que los libros funcionan como unidades de sentido autónomas, decidí incorporar esas páginas iniciales.

En relación con la organización en triadas de capítulos —una marca de la serie *Años Cruciales*, como ya dijo Ernesto en su presentación— personalmente, me exceptué de su pedido como editor de dedicar un capítulo a lo político, otro a lo socioeconómico y otro a lo cultural. Me pareció que el eje debía ser político, no podía escribirlo de otra manera, no podía realizar esa segmentación ¿Qué podría poner, por ejemplo, de lo cultural? Podría mencionar que se crea *La Gaceta* y se funda la Biblioteca, pero esos también son acontecimientos políticos. Intenté que dentro de cada uno de los capítulos estuvieran presentes, en la medida de lo posible, esas distintas dimensiones, pero no seguí la división estipulada. Al mismo tiempo, planteé la tensión entre sucesos que ocurrían en ese momento y otros elementos que los trascendían. Por ejemplo, es común asociar a la Revolución de Mayo con transformaciones económicas, con cambios a partir del libre comercio, el reemplazo de la antigua metrópoli por Gran Bretaña y demás cuestiones. Respecto a ello, no había mucho para decir que hubiera ocurrido en 1810: algunas tratativas con funcionarios y comerciantes ingleses, medidas aisladas como la apertura de puertos o proyectos que no fueron exitosos. Traté de que eso poco que tenía para decir fuese suficiente para que el lector supiera que el gobierno revolucionario también tenía entre sus miras transformar las bases de la economía, aunque en ese

momento aquello no estuviera a su alcance. En suma: me fue imposible hacer un capítulo solamente de esas temáticas, pues había muy poco material, pero sí procuré integrarlo y que formase parte del libro.

Lo último a agregar sobre la organización de la estructura es que presenta una narración cronológica, precisamente para poder seguir los pasos de los actores sociales y así advertir algunas variaciones o cambios en las respuestas que estos proponían ante nuevos desafíos. El primer capítulo, en el que se enfatiza la crisis, abarca hasta la Semana de Mayo. El segundo, enfocado en la revolución, culmina con el fusilamiento de Liniers en agosto. En el tercero la mira está puesta en la guerra. Como ya señalé, traté de que el lector y la lectora pudiesen advertir qué es lo que sucedía con los actores y, a su vez, cómo eso formaba parte de procesos que los trascendían. De hecho, elegí los epígrafes iniciales con esa intención. Por un lado, una cita de Alberdi, que tenía una mirada estructural cuando criticaba a *La Historia de Belgrano* de Mitre al plantear que los revolucionarios no habían hecho la revolución, sino que la revolución había hecho a los revolucionarios, pensando en procesos como la expansión del capitalismo o el ciclo de las revoluciones atlánticas. Por otro lado, una cita de Andrés Rivera de *La Revolución es un sueño eterno*, que remarca que toda revolución necesita de revolucionarios. Obviamente, no le estaba respondiendo a Alberdi, pero hacía énfasis en el papel de los actores. Este “diálogo” entre ambas citas me permitió poner en tensión la antigua discusión sobre el papel de los sujetos y de los procesos como promotores de los procesos revolucionarios (y de los procesos históricos en términos generales).

Remarcaré algunas cosas más antes de concluir. Creo que el aporte a la historiografía y al debate historiográfico que propone este libro se encuentra en tratar de resumir y sistematizar el conocimiento existente sobre el proceso revolucionario y el año 1810. En ese sentido, intenté ampliar el foco de análisis. Si bien el centro está en Buenos Aires, algo que es inevitable, se presta mucha atención a cómo impactó la decisión tomada por el Cabildo Abierto y después por la creación de la Junta en las distintas ciudades del Virreinato. O sea, los pueblos del interior se encuentran muy presentes e integrados. Esto me pareció importante, tanto para evitar el “porteño-centrismo”, como así también para entender la propia dinámica del evento, porque está muy extendida la idea de que la revolución se produce de forma monolítica y casi inapelable. Cuando se observa que, en Montevideo, Paraguay, Córdoba y el Alto Perú no apoyan a la Junta, ahí se pueden comprender y calibrar mejor las dinámicas y las expectativas de los actores. No se trata de una conce-

sión para mostrar que ocurrían cosas en todo el territorio, sino que es algo necesario para presentar una interpretación de conjunto, incluso, para entender mejor por qué sucedían las cosas que sucedían en Buenos Aires. Por ejemplo, ¿por qué se decide en septiembre que Belgrano encabece una expedición al Litoral para ir a la Banda Oriental y a Paraguay? ¿Y por qué se pone a Castelli al frente del ejército que después que ocupó Córdoba va a ir al Alto Perú? Al tomar esta decisión, la Junta estaba enviando a dos de sus miembros más destacados a dirigir ejércitos sin tener experiencia militar. Entonces, ahí hay algo que merece y tiene que ser explicado, o por lo menos aspiré a que así fuera.

Con relación a este punto, deseo remarcar algo muy importante con relación a la disciplina histórica. La historiografía reciente ha producido muchísimo conocimiento sobre la totalidad del territorio que comprendía el Virreinato del Río de la Plata. Sin embargo, para poder explicarlo, tuve que recurrir a un libro de la década de 1930, *Filiación Histórica del Gobierno Representativo* de Julio V. González. No hay un libro actual que examine el impacto de la decisión de crear una Junta en todo el territorio del Virreinato. Es notable esa ausencia y también es muestra de un déficit propio de los historiadores actuales. En tal sentido, hay muchas otras obras antiguas y muy significativas a las que le prestamos escasa atención. *Filiación Histórica del Gobierno Representativo* es una de ellas. Otra, que usé mucho —después me di cuenta de que Halperin la había usado también— es una publicación de 1961, cuando la revista *Genealogía* publicó la vida de las doscientos y pico de personas que participaron del Cabildo Abierto. La información allí proporcionada es muy despareja, pero reviste una gran utilidad a la hora de intentar conocer a esos actores. Esto me dio un panorama para dar cuenta de algunas cuestiones. Por ejemplo, ¿existía o no existía una tensión entre los más jóvenes nacidos en América y los más grandes que eran de origen español? Al reconstruir las reacciones, es posible observar éstas u otras tensiones. Este texto de referencia es una prosopografía que fue elaborada con mucho trabajo. Aunque es mejorable, ya está hecha y se le debería prestar más atención a fin de enriquecerla.

Finalmente, agregaré algo que representa una discusión más del orden interpretativo y que me parece que es muy importante para entender el proceso revolucionario. En las últimas décadas, se hizo mucho énfasis en poner en primer plano la crisis de la monarquía. Considero que eso es correcto, pues, si no se considera a la crisis de la monarquía como clave explicativa, no se puede comprender nada de lo que pasó después. Pero, en algún momento, la crisis dio paso a la revolución. Por tal razón, no fue solo una crisis. Justamente, el título del libro también se

relaciona con eso. Ese pasaje, esa transmutación, es fundamental para entender a los actores ¿En qué momento lo que se vivía como algo que se padecía pasa a constituirse en un horizonte que orientó a los actores en la búsqueda de un nuevo orden político y social? ¿En qué momento la crisis se hace revolución? Obviamente no hay una única respuesta a dichos interrogantes. Es imposible que haya una, porque existen distintas interpretaciones posibles acerca de qué es una crisis y qué es una revolución, y también porque ese paso no se dio en todos los espacios y en todos los actores de la misma manera. Pero en el corto o mediano plazo sí se produjo para el conjunto de la sociedad. Entonces, una clave interpretativa muy importante para mí es tratar de vincular la crisis con la revolución y la revolución con la guerra y posteriormente con la independencia y con otros fenómenos, como la emergencia de nuevas comunidades políticas soberanas (tema que tratan los libros siguientes de la serie). Porque si no, este énfasis excesivo en la crisis, que es fundamental, nos lleva a hacer perder de vista muchas veces que estamos ante una revolución. Por eso, otra cita que utilicé como epígrafe es el párrafo final de la *Tradición política española* de Halperin Donghi, un libro de 1961 que, con su estilo un poco irónico, termina diciendo que, aunque a veces solemos omitirlo, lo que estamos estudiando es una revolución y hay que estudiarla como tal. Me parece que esta es una cuestión muy importante para lograr dar cuenta de este año y una cuestión interesante para debatir historiográficamente.

Antes de finalizar, expongo un ejemplo con relación a esto. Es algo que he usado mucho y que está incorporado en el libro, pues además tuve la suerte de encontrar más evidencia documental de ello, algo que permitió trascender la mera impresión o el planteo hipotético: ¿en qué momento los actores dejan de considerarse españoles americanos para considerarse americanos? En esta obra, le presto mucha atención a ello. La razón por la que así lo hago es tan simple como poderosa: ¡porque cambian de identidad! Personalmente, no tengo una idea acabada de *qué es* una revolución, pero si cambiar de identidad no es parte de un proceso revolucionario, entonces, no sé de qué se trata una revolución. Cambiar la forma en la cual las personas se consideran a sí mismas, y todo lo que eso implica, es algo que sucede a partir de 1810. Y respecto a ello hay sobrada evidencia. Ese tipo de cuestiones me parecen fundamentales tanto para los lectores como para una discusión fructífera hacia adentro del campo historiográfico. Es decir, para cumplir con los propósitos del libro y de la Serie Años Cruciales.